

“EL FUTURO DE UNA ILUSIÓN”*

Arturo Fontaine Talavera

En este ensayo se sostiene, en primer término, que la propuesta de Francisco Weffort para renovar el socialismo, combinando la economía de mercado con una mayor cuota de intervencionismo estatal en nombre de la igualdad, entraña el riesgo de derivar en otra forma de mercantilismo y en la consiguiente manipulación del Estado en beneficio de ciertos grupos de poder en la sociedad.

En segundo término, se plantea que la teoría de Francis Fukuyama es, en el fondo, una versión del materialismo histórico, y puede entenderse como una “teoría tecnológica de la historia”. El problema es que esta teoría no da cuenta de la dependencia que puede tener el desarrollo tecnológico de las instituciones legales y económicas.

ARTURO FONTAINE TALAVERA. Licenciado en Filosofía, Universidad de Chile, M. A. y M. Phil. en Filosofía, Universidad de Columbia. Profesor de Teoría Política en el Instituto de Ciencia Política, Universidad Católica de Chile. Director del Centro de Estudios Públicos

* Comentario a los ensayos de Francisco Weffort y Francis Fukuyama (que se reproducen también en este número), presentado en el simposio que organizó la revista *Journal of Democracy* el 3 de abril de 1992 en Washington D. C., con motivo de cumplirse 50 años de la primera edición (en 1942) del libro de Joseph Schumpeter, *Capitalism, Socialism and Democracy*.

El texto original en inglés fue publicado por el *Journal of Democracy* (número especial, julio 1992) e incluido posteriormente en el libro editado por Larry Diamond y Marc F. Plattner, *Capitalism, Socialism and Democracy Revisited* (Baltimore y Londres: The Johns Hopkins University Press, 1993). Esta traducción al castellano fue realizada por el Centro de Estudios Públicos con la debida autorización del *Journal of Democracy*.

Tampoco está claro, se concluye, qué diferencia hace en la historia el que la teoría del “fin de la historia” sea verdadera o falsa.

En tercer lugar, a partir de la experiencia chilena, se sostiene que la evolución reciente de este país no puede explicarse sobre la base de un determinismo económico ni de enfoques mecanicistas de la historia.

Aun cuando comparto en buena medida los magníficos ensayos de Francisco Weffort y Francis Fukuyama, quisiera centrarme aquí en ciertos puntos que considero oscuros o cuestionables en sus respectivos escritos.

Weffort se ocupa de los objetivos e ideas que habrán de caracterizar el socialismo en el futuro. Tras el colapso del comunismo ocurrido en los últimos años (1989 y 1991), bien cabe preguntarse si el socialismo representa todavía alguna alternativa. Weffort elude esta cuestión, preguntándose en cambio por el nuevo significado del socialismo después de dicho derrumbe. Al asumir entonces, sin justificación argumental alguna, que el socialismo está en condiciones de sobrevivir, Weffort intenta delimitar su nueva significación estableciendo ciertas restricciones colaterales: el socialismo del futuro será 1) democrático (en oposición a su versión autoritaria o totalitaria), y 2) compatible con la propiedad privada y la economía de mercado (en oposición al socialismo que exigía la propiedad estatal y la planificación centralizada de la economía).

Hasta ahí, muy bien. Pero, dadas estas dos restricciones, ¿en qué se diferencia el socialismo democrático del capitalismo democrático? Aparentemente en que el primero —con miras a reducir desigualdades— contiene una cuota mayor de intervención estatal y, por tanto, menos espacio para el libre mercado. No hay mayores novedades en esta postura, la que han venido defendiendo por varias décadas los socialdemócratas y los socialistas fabianos. Weffort no reconoce este hecho ni se hace cargo de las críticas formuladas en el pasado a esta rama del socialismo.

Pero lo más importante aquí no es tanto destacar el fracaso del socialismo totalitario, sino la falta de rumbo y la confusión que hoy aquejan al socialismo democrático. En España, el actual gobierno socialista promueve el libre mercado con más ímpetu que el jamás exhibido por la dictadura de inspiración derechista del general Francisco Franco. En otros países, el socialismo constituye una fuerza conservadora, muy próxima a ciertos grupos de interés (por ejemplo, algunos sindicatos claves) que se oponen a los cambios que propugnan los sectores que están a favor del libre mercado.

Quizás haya una vía de salida. Quizás se pueda reinterpretar el ideal de la igualdad de una nueva manera. Pero hacerlo de modo de conciliar la existencia de mercados competitivos con la democracia resulta en extremo difícil. El ensayo de Weffort es un buen ejemplo de esas dificultades y no contribuye gran cosa a disipar mi temor de que el socialismo democrático pueda representar en muchos países una nueva forma de mercantilismo que avanza bajo la bandera del igualitarismo. Tampoco veo indicios de que haya un programa socialista diferente y atractivo. Compárese, nada más, el atractivo desfalleciente que presenta hoy el socialismo en términos culturales con el hechizo que suscitan los movimientos ecologistas. A lo menos por ahora, el socialismo ha perdido su encanto.

En lo medular del pensamiento socialista —al menos en su variante latinoamericana— subyace la creencia de que la economía ha de responder a la voluntad ciudadana expresada por vías políticas. El ideal de una cooperativa de individuos, en la que cada persona tiene igual derecho a voto, contrasta con el mercado, donde hay grandes diferencias de ingreso y poder. Puede que un socialista democrático contemporáneo acepte la idea del mercado como el factor preponderante en la asignación de recursos; pero, así y todo, aprueba las intervenciones políticas, decretadas democráticamente, destinadas a corregir, en nombre de la igualdad, los resultados del mercado. Todos sabemos que esas intervenciones pueden ocurrir, y han ocurrido de hecho, sin destruir necesariamente el sistema capitalista. Sabemos también que conllevan ciertos costos y riesgos.

Schumpeter aludía a la ingenuidad de la “doctrina clásica de la democracia”, según la cual “el pueblo es el que decide sobre los diversos asuntos al elegir a ciertos individuos que luego han de reunirse en asamblea para cumplir su voluntad”.¹ Parece que los socialistas democráticos no recogieron nunca esta enseñanza, y a menudo actúan como si la “doctrina clásica” fuera cierta. “La democracia”, escribió Schumpeter, “no implica, ni puede implicar, que el pueblo gobierne verdaderamente en el sentido que sugieren los términos de ‘pueblo’ y ‘gobierno’. La democracia significa únicamente que el pueblo tiene la posibilidad de aceptar o rechazar a los individuos que han de gobernarlo” (pp. 284-85).

Por ello resulta tan fácil, incluso para quienes han sido libremente elegidos, utilizar el poder del Estado para asegurar determinados privilegios. Un programa político de carácter intervencionista puede ser fácilmente manipulado por poderosos grupos de interés económico, como bien lo

¹ Joseph A. Schumpeter, *Capitalism, Socialism and Democracy*, 3a ed. (Nueva York: Harper and Row, 1950), p. 250. Todas las referencias de página a esta obra corresponden al texto citado.

demuestra la historia de América Latina. Si los socialistas democráticos no son capaces de resolver este problema particular, su programa de “corrección” de los resultados del mercado en nombre de la igualdad acabará convirtiéndose en una fachada para el mercantilismo, con toda la desigualdad que implican sus privilegios y monopolios. Los socialistas de nuevo cuño que describe Weffort habrán desechado el viejo sueño marxista de modificar radicalmente las relaciones laborales para acabar con la explotación. Lo único que habrá quedado de ello es el clamor por un mayor activismo estatal. No nos engañemos: dicho activismo se traducirá en una menor influencia de las fuerzas del mercado y en mayor poder para los funcionarios de gobierno y los políticos elegidos. El problema es que no faltarán empresarios —siempre dispuestos a explotar los recursos de cualquier tipo— que reorientarán sus energías con miras a buscar la forma de manipular el sector estatal en su provecho. Este es el talón de Aquiles del Estado intervencionista que propugna el socialismo democrático.

Y hay otro problema, quizás más profundo. Schumpeter afirmaba que “el socialismo significa un mundo nuevo en términos culturales”, tras lo cual advertía que los contornos de este mundo nuevo resultaban ser muy turbios (p. 170). De hecho, quienes han vivido bajo regímenes comunistas no parecen compartir valores específicos que los diferencien de quienes viven en las sociedades capitalistas. Cuando visité Rusia, en 1990 todos querían poder comprar en Bloomingdale’s.² ¿Será que la Suecia actual ha llegado a generar un conjunto diferente de valores, específicamente socialista? ¿Podrá ofrecer el nuevo socialismo democrático un estilo de vida nuevo? Y si no es así, ¿qué sentido tiene un socialismo incapaz de modificar las instituciones económicas con el fin de producir una transformación cultural?

La incertidumbre de la historia

Francis Fukuyama ha plasmado ya en un libro³ su famosa teoría del “fin de la historia”. En el ensayo que aquí comentamos* se limita a reelaborar algunos de los elementos expuestos en ese volumen, entre los cuales desta-

² Arturo Fontaine Talavera, “Impresiones sobre la Unión Soviética”, *Estudios Públicos*, 41 (verano 1991).

³ Francis Fukuyama, *The End of History and the Last Man* (Nueva York: Free Press, 1992).

* El autor se refiere al ensayo de Francis Fukuyama “Capitalismo y democracia: El eslabón perdido”, que se reproduce en la presente edición de *Estudios Públicos*. (N. del E.)

ca la naturaleza de la conexión entre desarrollo económico y democracia. Quisiera plantear aquí dos breves objeciones a su tesis.

Fukuyama presenta en su libro una variante de la teoría tecnológica de la historia,⁴ señalando que “el progresivo y continuo despliegue de las ciencias naturales nos ha proporcionado un ‘mecanismo’ direccional para explicar muchos aspectos del desarrollo histórico subsecuente”.⁵ Me temo, sin embargo, que la forma en que él presenta esta teoría tiene ciertos problemas. La tecnología no es independiente de las instituciones legales y económicas que pueden favorecer u obstruir su expansión. Por ejemplo, el desarrollo de los derechos de propiedad sobre los descubrimientos y los bienes intelectuales, junto con la existencia de una competitiva economía de mercado y una tradición de libertad académica para experimentar, pueden, tal vez, contribuir más a la expansión de la tecnología que lo que ocurre a la inversa. Esta objeción es válida tanto para el materialismo histórico de Marx como para Fukuyama. Más aún: ¿acaso necesitamos una teoría que identifique la tecnología (o cualquier otro factor causal aislado) como el motor fundamental del cambio histórico?

Hegel decía que lo real es racional y lo racional es real. Como siempre sucede con Hegel, interpretar lo que él quiere decir dista mucho de ser fácil. Pero concedamos, en beneficio de la argumentación, que el sistema de libre mercado en una democracia liberal es el mecanismo institucional más racional de cuantos hay disponibles. Pese a todo, la racionalidad superior de este mecanismo en particular no garantiza, en modo alguno, que él haya de prevalecer en cualquier época o lugar. En la historia nada es inevitable hasta que sucede, y los conflictos de raza, de religiones, de clase o culturales pueden gatillar poderosos impulsos irracionales e incluso de ciega autodestructividad.

Fukuyama no está formulando un juicio moral sino una predicción cuando anuncia el fin inminente de la historia. En su *Filosofía del derecho*, Hegel caracteriza el tipo de Estado que habría de encarnar la libertad y, por esa vía, representar el fin de la historia (siendo la historia, para él, nada más que el progresivo despliegue de la libertad). Ahora bien, según el propio Hegel, la historia “terminó” a principios del siglo XIX. Pero luego de eso vino el auge del marxismo y el nazismo, y “la ola del futuro” parecía destinada a barrer con la propiedad privada, la libertad de contrato y demás

⁴ Entre las filosofías de la historia de este tipo, la más interesante es, probablemente, la de G. H. Cohen, *Karl Marx's Theory of History* (Princeton: Princeton University Press, 1992). Por cierto, la teoría tecnológica de la historia es una versión del materialismo histórico.

⁵ Francis Fukuyama, *The End of History and the Last Man*, *op. cit.*, p. 73.

instituciones de la “libertad racional” a la Hegel. Para Alexandre Kojève, la historia había ya concluido en los años de la Guerra Fría. ¿Cuáles son, entonces, las consecuencias prácticas de la doctrina del fin de la historia? ¿Cuál es su relevancia empírica?

Pareciera que, aun después de concluida la historia, el “Estado homogéneo universal” dista mucho de ser inevitable en la mayor parte del globo y puede estar sujeto a fuertes cuestionamientos en nombre de algún otro ideal. Incluso en el mundo desarrollado, ¿no es posible, cuando menos, que el movimiento ecologista (que goza de cierto atractivo religioso) pueda algún día constituir un serio desafío al predominio del modelo democrático liberal? No veo, en definitiva, qué diferencia puede hacer el que la teoría del fin de la historia sea verdadera o falsa.

A mi juicio, el conjunto básico de instituciones democráticas liberales que Fukuyama y yo apoyamos queda mejor representado en términos kantianos antes que hegelianos. Así, el Estado que representa la libertad podría ser concebido, más bien, como un ideal trascendente que como un resultado empírico que la historia previsiblemente ha de generar.

La experiencia chilena

Permítaseme descender ahora desde las alturas de la filosofía hegeliana al problema de la relación entre el desarrollo económico y la democracia. La historia reciente de mi propio país, Chile, nos brinda algunas lecciones al respecto. La primera de ellas es, creo yo, que la prosperidad de un país está íntimamente vinculada al hecho de que exista confianza en que las elites tomarán decisiones racionales. La riqueza es más bien, en el largo plazo, un problema de instituciones que —por ejemplo— de recursos naturales o grado de industrialización. Las instituciones son, entre otras cosas, mecanismos diseñados para que el comportamiento de los individuos sea más predecible y facilite, de esa manera, el proceso de toma de decisiones. Las buenas instituciones son *el* mejor capital de que puede disponer una sociedad y son, precisamente, aquello de lo que carecen muchos países pobres.

La democracia estable no siempre ha presupuesto altos niveles de bienestar económico. Chile y Uruguay fueron y son significativamente más pobres que Alemania y Francia; sin embargo, durante el siglo XIX y hasta la Segunda Guerra Mundial, los dos primeros exhibían un historial democrático superior al de los dos últimos. El problema estriba en que los medios de comunicación han generado expectativas de un mejoramiento muy rápido de los niveles de vida. Eventualmente, la disparidad entre las

expectativas crecientes y los recursos escasos trae consigo el populismo y sus consecuencias: el caos político y social. El caos, a su vez, genera demandas de orden, de restauración de la autoridad, de un sistema coherente y efectivo para la toma de decisiones.

En el caso de Chile, esta cadena de acontecimientos precipitó la instauración de un régimen autoritario. Subyacente al golpe militar de 1973 estaba el temor al comunismo y al caos. Su objetivo era derrotar al primero y evitar el segundo, pero no la creación de una economía de mercado. Con todo, una vez que el régimen autoritario hubo restaurado el orden, comenzó a canalizar las demandas económicas y sociales hacia un sistema de mercado impuesto por la fuerza. Las razones por las que las Fuerzas Armadas optaron por un programa basado en el libre mercado son complejas, y en otros escritos me he referido a ellas en profundidad.⁶ Baste decir aquí que los generales chilenos aspiraban generar, al menos, la estabilidad y el crecimiento económico que consideraban necesarios para afianzar y legitimar el gobierno militar. Luego, tras diecisiete años, el régimen condujo con éxito un proceso de transición a la democracia. ¿Cuál fue la contribución del capitalismo a la restauración del proceso democrático?

La situación de prosperidad alcanzada por la vía capitalista hace más difícil la adhesión abierta a políticas socialistas clásicas (aunque no el voto a favor de los socialistas). Los grandes traspasos de propiedad por la vía de las nacionalizaciones se vuelven menos probables, pues conllevan el riesgo político de provocar gran incertidumbre. La historia reciente de la España posfranquista es un ejemplo excelente de este proceso.

La extrema complejidad del caso chileno radica en que, aun cuando se instaurasen las instituciones del libre mercado, circunstancias exteriores impedirían que el bienestar económico de la población aumentara con la celeridad o llegara tan lejos como se había previsto. En rigor, el PGB per cápita de 1987 no era mucho mayor que el de 1970.⁷ Sin embargo, la reducción de las tarifas arancelarias permitió que Chile se abriera a ciertas importaciones antaño prohibidas, y que habían llegado poco a poco a ser percibidas como símbolos de status. Los alimentos se encarecieron, pero la ropa americana usada, los refrigeradores, televisores y automóviles comen-

⁶ Véase Arturo Fontaine Talavera, "Sobre al pecado original de la transformación capitalista", en Barry Levine, comp., *El desafío neoliberal* (Bogotá: Grupo Editorial Norma, 1992).

⁷ En efecto, según datos del Banco Central de Chile, en 1970 el PGB per cápita era de US \$1.140 y en 1987 de US\$ 1.192 (medido en dólares de 1976), es decir, un 4,6 % de alza. La diferencia en el clima político imperante en 1970 y en 1987 no puede explicarse por el nivel de bienestar económico de la población.

zaron a resultar más baratos. Aun cuando no cabe establecer, en el caso de Chile, relaciones simples entre los mejores índices de calidad de vida y el cambio en las actitudes políticas, los patrones y oportunidades de consumo se vieron modificados, de hecho, por las reformas económicas. Pienso que la apertura de la economía y el aumento en las exportaciones contribuyeron a que aflorara en la población un sentimiento de orgullo, dignidad y esperanza. El hecho de estar “conectado” —de ser parte del mundo y el poder exhibirlo en vestimentas y posesiones— tiene cierto valor. Adicionalmente, los programas de asistencia social mejoraron significativamente y se logró canalizar mayores recursos hacia los sectores más pobres.⁸ Aun así, en 1990, en las postrimerías del régimen militar, las encuestas de opinión mostraban escaso apoyo de la ciudadanía a las políticas de libre mercado.⁹

Con todo, es claro que el capitalismo generó condiciones más propicias para el ejercicio de las libertades. En primer lugar, aun bajo el gobierno autoritario, hubo espacios de libertad en la sociedad, derivados simplemente de la existencia de numerosos empleadores y medios de comunicación privados y de la decisión del gobierno de restringir el espectro de sus decisiones políticas en el campo económico. En segundo lugar, el capitalismo hizo que la gente comenzara a aspirar a un estilo de vida burgués. La elite, y no sólo la elite, vio nuevas oportunidades de hacer dinero y adquirir una posición a través de la empresa privada. Las recompensas que el mercado ofrece incluyen cierta forma de reconocimiento y de status, aparte de las ganancias en dinero. Todo esto contribuyó a fortalecer a la sociedad civil. En tercer lugar, el funcionamiento del capitalismo activó en la población el deseo de una estabilidad institucional a largo plazo, lo cual, teniendo en cuenta las tradiciones democráticas chilenas, llevó a que el régimen militar planificara las primeras etapas del retorno a la democracia en fecha tan temprana como 1980. Finalmente, la solidez de la economía a fines de los años ochenta contribuyó decisivamente a la estabilidad del proceso de transición al permitirle al gobierno operar dentro de un sistema bien definido y que marchaba sobre ruedas. No hay dudas de que el gobierno del Presidente Aylwin se benefició de las reformas económicas introducidas durante el gobierno del general Pinochet, muchas de las cuales rindieron sus frutos en años posteriores.

Un breve resumen de la historia chilena a contar del siglo XIX puede formularse así: capitalismo democrático; mercantilismo democrático-

⁸ Tarsicio Castañeda, *Para combatir la pobreza* (Santiago de Chile: Centro de Estudios Públicos, 1990).

⁹ Roberto Méndez, Oscar Godoy, Enrique Barros y Arturo Fontaine Talavera, “¿Por qué ganó el ‘No’?”, *Estudios Públicos*, 33 (verano 1989), pp. 83-134.

co (urbanización, industrialización, surgimiento de las expectativas sociales); revolución marxista-populista; caos; temor creciente al comunismo y exigencias de orden; gobierno autoritario; necesidad urgente de crecimiento económico para estabilizar el régimen; capitalismo; exigencia de estabilidad institucional a largo plazo; transición a la democracia; exigencia de consolidación de la democracia; capitalismo.

No me parece que el capitalismo fuese el factor más importante en el advenimiento de la transición a la democracia en Chile; en términos generales, más relevantes fueron, a mi entender, ciertos factores culturales y ciertos desarrollos políticos a nivel local e internacional.¹⁰ La evolución en los puntos de vista de las elites socialista y demócratacristiana respecto de materias políticas y económicas, unida a desarrollos internacionales como el éxito de la transición y consolidación de la democracia en España, fueron de importancia capital. Una vez que el recién elegido gobierno del presidente Patricio Aylwin expresó claramente su intención de continuar con el libre mercado, el capitalismo comenzó a adquirir credenciales democráticas. Este proceso, que está aún en fase de desarrollo, fue el resultado de un liderazgo firme. En Chile, en el punto álgido de la polarización social, política e ideológica que se observó a principios de los años setenta, el PGB per cápita no era tan distante del que se registró al inicio de la nueva etapa democrática, en 1990, cuando prevalecía una atmósfera de paz social, de consenso y moderación. La historia chilena viene a resaltar la importancia de la política y la historia, y el poderoso influjo de los valores, las ideas, los símbolos y el temple anímico de la sociedad. Y dice poco en favor del determinismo económico o los enfoques mecanicistas de la historia.

¿Será que un país pobre requiere, en el mundo contemporáneo, de un régimen autoritario para inaugurar un sistema de mercado? Aunque no pretendo conocer con certeza la respuesta, diría que en 1973 hubiera sido absolutamente imposible instaurar el capitalismo por medios democráticos en Chile. Sin embargo, Argentina, bajo la conducción del actual presidente Carlos Menem, quizás se halle en vías de trazar un camino democrático al libre mercado, aunque aún es demasiado pronto para extraer conclusiones. Para instaurar el capitalismo se requiere de un gobierno fuerte, consistente y efectivo, con real capacidad de liderazgo. Para quienes apoyamos firmemente las reformas encaminadas al libre mercado, pero no a costa de un quiebre democrático, el problema consiste en cómo generar las condiciones políticas, económicas y culturales que favorezcan el liderazgo democrático.

□

¹⁰ *Ibíd.*, *passim*.